

CAPÍTULO VII

Enferma en Turin la duquesa de Villahermosa. — Asístela el P. José Pignatelli y la acompaña á Montpellier. — Cambios en el personal. — Azara ministro en Roma. — Favorece á los jesuítas. — Monseñor Archetti legado en Bolonia. — Honra con su amistad al P. Pignatelli. — Persiste en su retraimiento el arzobispo. — Propagan los jesuítas en Bolonia la devocion al Sagrado Corazon de Jesús. — Contrato espiritual con los jesuítas de Rusia. — Encierro del P. Nicolás en Fuerte Urbano. — Su amigo Joaquin Palomo. — Rumores sobre la prision de Nicolás. — Palomo en Santángelo. — Las Casas y Llanos en Bolonia. — La Segunda Memoria Católica y el P. Pignatelli. — Continúa en su encierro Nicolás. — Celo y santa vida del P. José. — Honor que le tributa el legado Monseñor Archetti. — Muerte de Carlos III. — Sentimientos de los jesuítas de Bolonia. — Juicio de los mismos sobre el difunto monarca y su reinado.

1785 — 1788

Cuánto hubiesen aprovechado en el camino del espíritu los duques de Villahermosa con el trato y la prudente direccion de su fervoroso tío, puede colegirse de la encendida caridad y humildad profunda de la duquesa, y de la devocion y piedad de su esposo. En carta que desde Madrid dirigió á este su esposa, le decía: «Te recomiendo, cuando estés con quietud, que te acuerdes del libro de nuestro Fenelon, que nos ha dado juntos tan grande idea de Dios; porque con este fundamento del cono-

¹ Archivo de Villahermosa, carta de 17 de Octubre de 1782.

cimiento de Dios, según lo que alcanza nuestra miseria y cordedad, viene todo lo demás grandemente, y hace otra fuerza é impresion, y al cabo todo viene á parar al amor; y este se engendra, crece y se perfecciona, mediante la gracia de Dios, con la consideracion de su infinita bondad y perfecciones, de la que dimanen todas sus obras en beneficio nuestro.»

«Yo, considerando este punto, me he propuesto pedir siempre á Su Majestad, por medio de su Madre Santísima y de los Santos, este uno necesario, que encierra en sí todas las virtudes: y así amor, y más amor, es y será mi peticion para mí y para tí, hasta que seamos consumados en este amor por la union con el mismo amor, que es Dios.»

Y un poco más abajo, quejándose amorosamente con el duque porque la había alabado en una carta, le escribe: «En esto de alabarme y formar concepto de mí, por Dios que te moderes; pues te ciega el cariño; y cree que me hace mucho daño, porque me ensoberbezco, y son muchos los pensamientos de presuncion y vanidad que tengo. Y para que te persuadas, sabe que el nuevo Padre de espíritu¹, dice que en esta novena es menester pida y trate de convertirme de veras. Mira qué tal me habrá hallado, pues juzga esto aun por empezar: y no creas es por decir, sino que él lo piensa así, y todo cuanto me dice, se encamina á esto.»

Como á mujer fuerte probábala el Señor en el crisol de la adversidad: y en carta de 4 de Noviembre la buena señora se lamentaba de la sequedad de espíritu y afliccion interior de dudas y escrúpulos que la atormentaban, por no entenderse bien con su nuevo director. «No hallo aún,» dice, «la paz, que necesito, con este santo hombre; pero la espero todavía en arreglándome; pues aún no me ha puesto en un pie fijo ni de horas ni de devociones. Con todo temo que por ahora Dios no me la quiera dar, para que vea que todas las criaturas, por santas que sean, no la pueden dar; porque es don del cielo. Á lo menos

¹ Este era el P. Juan Andrés Comenge, del Oratorio de San Felipe.

procuro esperarla sin congoja ni afan, y conformarme á vivir sin ella, si Dios lo permite así. Su Divina Majestad me sostenga, que es lo que necesito.»

Bien necesaria le fue á la atribulada señora esta total y entera conformidad con las disposiciones del Señor. Causó en efecto tales estragos en su espíritu esta enfermedad de los escrúpulos, que vuelta un año después á Turin al lado de su esposo, toda la pericia de su santo tío no pudo impedir sus funestos resultados. Y lo peor fue, que la dolencia se le comunicó del espíritu al cuerpo, y en otoño de 1784, en vista de los progresos que el mal hacía, á juicio de los médicos tuvo que ser trasladada la enferma á Montpellier de Francia para curarse. Acompañóla el P. José, permaneciendo junto á ella hasta que estuvo restablecida.

Durante su permanencia en Francia todas sus delicias eran tratar con los sacerdotes, que en otro tiempo habían pertenecido á la Compañía, y entonces se ocupaban en ministerios apostólicos con el prójimo, trabajando como sacerdotes seculares con el mismo celo y con la misma actividad, que cuando vivían juntos en el seno de su madre la Compañía.

Uno de los que con más intimidad y frecuencia trató fue el P. Nolhac, antiguamente religioso de la Compañía, rector del colegio de Tolosa, y á la sazón cura párroco de San Sinfiriano en la ciudad de Aviñon: era Nolhac un venerable anciano de grande santidad: más tarde fue bárbaramente asesinado en odio de la religion por los revolucionarios, el postrero entre numerosos feligreses suyos, á quienes dispuso para el martirio, no solamente en la cárcel mientras estaban presos, sino tambien después en el lugar del suplicio.

Casi dos meses duró la estancia de la duquesa en Montpellier, al cabo de los cuales se sintió restablecida lo suficiente para pasar á España¹. En este viaje el P. Pignatelli no los acompañó

¹ Consta en el «Diario» del Duque, que el P. José salió de Turin con la duquesa, su sobrina, el 9 de Setiembre de 1784, llevando quince

hasta la frontera, como da á entender el P. Monzon¹, á quien sigue el P. Boero: pues afirma terminantemente en su Diario manuscrito el duque, que en Montpellier se despidió de la sobrina el P. Pignatelli para no volver á verla más. De Francia se dirigió otra vez á Italia, y se retiró á su ordinaria residencia de Bolonia.

Á principios de este año de 1785 se verificaron algunos cambios en el personal de los agentes de España en Roma y en Bolonia, y aun en las autoridades de esta legacion; y de estos cambios resultó alguna ventaja para los ex-jesuitas españoles. En el mes de Enero renunció el duque Grimaldi su puesto de ministro de España en Roma; y á su paso por Bolonia dio grandes muestras de amor á los jesuitas españoles. Que le salía del corazon este amor, lo demostraba el hecho de llevarse consigo de secretario á Benavides, antiguo jesuita andaluz.

Sucedió á Grimaldi Azara: el cual tambien se interesó desde luégo por la suerte de sus nacionales, á quienes veía en gran número materialmente sumidos en la miseria; pues los que no tenían más recurso que la pension, de cuatro reales escasos, no podían atender á su decorosa subsistencia: situacion que en breves palabras declaró el P. Luengo, diciendo que «el que comía, no se vestía; y el que se vestía, no comía.» Negoció Azara con el gobierno un aumento de pension², y á fin de conseguirlo con facilidad, ideó un medio sencillo para que aquel aumento no fuese de gravámen al erario; y fue, que en vez de mandar de España oro para el pago de la pension, se enviase plata, que en Italia tenía por entonces premio regular.

Tambien salió de Bolonia para Madrid en Mayo de este mismo

caballos; y llegaron á Montpellier el veinte del mismo mes á las cinco y media de la tarde. La duquesa estuvo allí hasta el 8 de Noviembre del mismo año, que salió para España con su marido á las doce y media del día, y llegaron á Perpiñan el día 11 á las cuatro y media de la tarde.

¹ *Vida*, Lib. I, Cap. XII.

² P. LUENGO, *Diario*, Tomo 19, pág. 168.

año de 1785 el célebre comisario D. Pedro Forcada, no quedando para todos los jesuitas de la legacion más que un comisario, que fue el ya mencionado D. Luis Gnecco, á cuya casa pasó á vivir el P. José. Las buenas disposiciones de los nuevos agentes de España se echaron de ver además en la gracia de doble pension concedida á Marcos, el coadjutor filipino, con la obligacion de asistir en sus enfermedades á todos los jesuitas españoles de Bolonia, con lo cual estos se ahorraban los honorarios del médico en sus dolencias. Tambien obtuvo doble pension el P. Requeno por un libro que escribió sobre el modo de pintar de los antiguos¹.

Finalmente á principios de Julio el cardenal legado Buoncompagni pasó á Roma, ascendido á secretario de Estado del Papa, y le sustituyó Archetti, vuelto de Varsovia, y creado cardenal en 27 de Junio. Nadie podía estar mejor enterado de las cosas de los jesuitas rusos que este señor cardenal Archetti, pues intervino en todos los asuntos más graves de aquel resto de la Compañía y en particular en el de la apertura del noviciado. Acercáronse varios á preguntarle por los jesuitas de Rusia; mas él á nadie respondió palabra sobre esto, de lo cual se originaron varias habladurías y fábulas por la ciudad. No es probable que guardara tanta reserva con dos de los jesuitas españoles, José Pignatelli y José Heredia, á los cuales contó el cardenal en el número de sus más íntimos amigos, como escribe el P. Raimundo Diosdado Caballero².

La benevolencia del legado Archetti con los jesuitas españoles causaba tanto mayor extrañeza, cuanto que permanecía aún tan alejado de ellos el arzobispo Gioanetti, como manifiesta el caso siguiente.

En el año de 1785 un jesuita italiano, por nombre Campo, predicó en la iglesia de San Felipe Neri de la ciudad de Cento

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 19, pág. 296. Nació el P. Requeno (Vicente) en Calatorao (Aragon) el 14 de Julio de 1743: entró en la Compañía el 2 de Setiembre de 1757: murió en Tívoli á los 15 de Febrero de 1811.

² *Gloria Postuma*, pág. 87.

el panegírico del Santo el día de su fiesta¹. En tal manera gustó su discurso á los Padres del Oratorio, que habiendo escrito á los de Bolonia dándoles noticia de las cualidades del orador, estos entraron en deseos de que el siguiente año repitiera el Padre Campo su discurso en la iglesia de Bolonia. La dificultad estaba en obtener licencia del cardenal arzobispo Gioanetti para que un jesuíta predicase en Bolonia.

Ninguno de los Padres se atrevía á pedir semejante autorización: hasta que el P. Porcia, que había pertenecido á la Compañía, se animó á presentarse al arzobispo. Vase á él, expónele el deseo de los Padres; y el arzobispo se niega. Insta una y otra vez; y otras tantas oyó la misma respuesta negativa. Como otra vez replicase, cansado de su impertinencia el buen cardenal, le dice estas formales palabras: *In somma: io voglio salvare la mia anima*, esto es: «Acabemos: yo no quiero condenar mi alma,» que fue tanto como decir, que juzgaba por pecado mortal el conceder á un jesuíta licencia para predicar en la ciudad de Bolonia el panegírico de un Santo, que ya había predicado en otra ciudad del arzobispado, y por lo mismo con autorización suya ó de su vicario general. Este solo hecho basta para comprender el estado de inacción á que estaban condenados los jesuitas en Bolonia, y en especial los españoles, que no poseían con perfección la lengua italiana.

Á pesar de todo esto no se apagaba en sus corazones el deseo de trabajar por la gloria de Dios y la salvación de las almas: y como su celo no podía estar ocioso, diéronse á establecer y propagar entre los boloñeses la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y los mejicanos la de Nuestra Señora de Guadalupe, bajo cuyo título llegaron á formar una congregación numerosa. Al Sagrado Corazón lograron que en dos diferentes iglesias se le erigiera un altar en cada una; y celebraban su fiesta con la solemnidad y aparato que su pobreza les permitía².

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 20, pág. 426 y siguientes.

² *Id.*, *ibid.*, pág. 340.

La devoción que profesaban al Sagrado Corazón era tan característica de los jesuitas, que por ella eran reconocidos por tales aun de las personas que no los conocían. Así le sucedió á nuestro P. José, como refiere el P. Juan Antonio Grassi, por estas palabras: «Celebró un día en un monasterio de Salesas; y al acabar la acción de gracias, mandó llamar la Superiora; y así que le vio, le dijo: «V. es jesuíta.» Díjole el Padre: «Y ¿cómo lo ha sabido V.?» Respondió ella: «Observé que fijaba V. los ojos con gran atención en la imagen del Sagrado Corazón de Jesús¹.»

Propagóse también entre los jesuitas de Italia otra práctica para ellos de mucha devoción. Después que se abrió el noviciado en Rusia, varios ex-jesuitas y algunos jóvenes boloñeses emprendieron el viaje á aquellas regiones, con ánimo de entrar en la Compañía, y fueron admitidos en ella. Entre estos contábase tres hermanos del apellido Magnani, los cuales con frecuentes cartas enteraban á los de Bolonia de todo lo que por allá ocurría². «Por este tiempo envió el P. Agustín (Magnani) un papelito con una oración muy devota y muy acomodada para el asunto, que era el pedir al Señor el restablecimiento general y glorioso de la Compañía; y la proponía como un contrato espiritual á todos los que tuviesen gusto de entrar en él. Todos generalmente lo aceptaron con gusto, y aun elogio de un pensamiento tan oportuno, para avivar en todos el deseo de la resurrección de la Compañía, para pedirla al cielo con mayor espíritu y fervor, y para conseguirla de la misericordia y bondad de Jesucristo³.»

¹ *Process. Rom.*, fol. 336.

² Dos de ellos, llamados Agustín y Juan, habían pertenecido ya á la Compañía. El P. Agustín, nacido en 28 de Agosto de 1746, había entrado en la Compañía el 10 de Octubre de 1762, y murió en Cieczerski á 21 de Abril de 1791. El P. Juan nació en 25 de Diciembre de 1747; entró en la Compañía en 29 de Noviembre de 1763, y murió á 22 de Octubre de 1794 en Polotsk. (P. ZALENSKI, Tomo 2.º, *Documento AX.*)

³ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 19, pág. 253, día 25 de Junio de 1785. La invitación y oración eran del tenor siguiente: «*Polock, 10 Februarii*

Un suceso muy desagradable vino á contristar á todos los jesuitas españoles de Bolonia y de una manera muy particular al P. Pignatelli, como á quien le tocaba más de cerca: lo refiere el P. Luengo con estas palabras¹: «La noche del 28 al 29 de Julio (1785) sucedió en esta ciudad de Bolonia una desgracia bien grande á un jesuita español y persona más distinguida que los otros de que hablamos el mes pasado; pues es el Sr. D. Nicolás de Pignatelli, de la Provincia de Aragon, que tiene aquí otro hermano jesuita en la misma Provincia, y ambos lo eran del difunto conde de Fuentes, Grande de España.»

«La dicha noche fue este Sr. D. Nicolás arrestado en su casa por orden de la corte de Madrid, ejecutando la prision este Eminentísimo Legado Buoncompagni² con decoro y con honor. Á media noche fue á su casa un capitán de granaderos con algunos hombres: le intimó el orden, y al amanecer le hizo entrar en un coche, y fue conducido á la ciudadela ó fuerte Urbano. Todos los españoles,» añade, «y aun italianos han sentido mucho la desgracia del Sr. D. Nicolás, y se han compadecido mucho de él; porque es un jóven inocente, de buenas costumbres y muy amable. Pero al mismo tiempo no dejan de conocer generalmente todos que merece lo que se ha hecho con él por su poco juicio en algunas cosas, por su simple prodigalidad y por su entereza muy fuera de propósito. Faltas,» dice el Padre, «muy propias

1785=*Invito et rogo omnes, quotquot gratum habituri sunt, ut ineant nobiscum sanctum fœdus, quod consistit in recitandis quotidie sequentibus precibus:*

Domine Jesu, memor esto verbi tui servo tuo, in quo mihi spem dedisti, quando dixisti: Si duo ex vobis consenserint super terram de omni re, quamcumque petierint, fiet illis a Patre meo. Oro te igitur, Domine Jesu, in unione omnium, qui mecum de hac re consenserunt, per Sacratissimum Cor tuum et Sanctissimum Matris tuæ Mariæ, ut ultimus actus vitæ nostræ sit supernaturalis et perfectus actus amoris Dei, et ut Societas Jesu quamprimum in toto orbe et melius quam antea restituatur. = Pater noster....., Ave Maria....., Psalm. In te, Domine, speravi, ut in Completis. (P. LUENGO, Papeles varios, Tomo 14, pág. 58).

¹ *Diario*, Tomo 19, pág. 291.

² No había resignado aún el mando en Archetti, pues no salió para Roma hasta 17 del próximo Agosto. (*Ibid.* pág. 301.)

de señores, por las cuales creen que se deshonran poco ó nada, y aun suelen hacer gala de ellas.»

Aduce luégo como origen de tanto mal la prodigalidad de D. Nicolás y las grandes deudas que por ella había contraído, advirtiendo sin embargo que algunos amigos esplotaban al sencillo jóven y «abusaban de su generosidad y de su honrado corazón.» Habla especialmente de un italiano, cuyo nombre no descubre, y de un español, llamado Joaquin Palomo, de quien hace el mismo P. Luengo la siguiente pintura.

Era Joaquin Palomo, «á quien tengo obligacion de conocer,» dice, «por haber sido mi discípulo algun tiempo,» un jóven, cuyo corazón «no puede ser más bueno, más recto y sencillo, sin malignidad ni doblez alguna; pero tampoco su cabeza puede ser más ligera, más sin juicio ni peso alguno. El genio es bullicioso, entremetido, amigo de singularizarse y parecer algo; y llegándosele una fantasía fogosa y desconcertada,..... ahora que se ha hecho mundanillo, cada hora piensa ó sueña un centenar de locuras.»

«Para mayor desgracia suya, siendo este su genio y su carácter, por algun otro peso duro le sacaron el título de capellan del Eminentísimo Juan Francisco Albani, y por esto la facultad de ponerse cuello morado; y con algun otro peso duro más le sacaron tambien de una casa de Roma, que tiene privilegio de dar algunos, el título de Proto-Notario Apostólico, y por esto puede usar de medias moradas, y le dan, á lo menos de cortesía, el tratamiento de Monseñor.»

«No es fácil explicar la altanería y orgullo, la soberanía y majestad, de que se revistió este jóven atolondrado, viéndose con cuello y medias moradas, y saludado de Monseñor..... Ya se miraba en una altura y elevacion tan grande, á su parecer, que casi le costaba trabajo el poner los ojos en los que no tenemos calzas moradas. Todos debíamos visitarle, darle la enhorabuena, celebrar sus cosas; y si no, éramos tratados como unos ambiciosos de su gloria, y declarados enemigos suyos; á los cuales protestaba el nuevo Monseñor, que no les haría con todo eso